



Hormigonados

de Karoline Georges

Traducción de Luisa Lucuix

Sinopsis

El niño lleva encerrado desde su nacimiento en una minúscula celda, la 804 de la planta 5969 del Edificio. A su alrededor, solo hay hormigón, sin apertura al exterior. Y dos presencias: el padre, cada vez más embrutecido, y la madre, que teme la expulsión. Inmóvil en su dormitorio, una transformación commocionará al niño al revelarle un horizonte inesperado. Con una prosa poética implacable, Karoline Georges examina el futuro del ser humano por medio de una experiencia literaria inédita, entre el relato de anticipación y la novela de aprendizaje futurista. Nadie sale indemne de *Hormigonados*.

Extracto

Estaba encerrado en el 804, planta 5969.

El Edificio tenía muchas otras plantas. Pero ignoraba el número. El padre no lo precisaba jamás.

Afuera, a las puertas del Edificio, los expulsados se apelotonaban. Un número incalculable. Más lejos, tras la barahúnda humana, el horizonte, gris. ¿Y más lejos aún?

El padre suspiraba impacientemente cada vez que le hacía la pregunta. Entonces afirmaba:

Más lejos ya no queda nada.

Estaba en regla.

Todos los días al despertar me prestaban un número de identificación médica que validaba mi existencia, mientras que una sonda, plantada en mi ombligo, recogía una muestra de mi ser para verificar, día tras día, la calidad de mi estado biológico. Me identificaba una matrícula que cada mañana confirmaba mi conexión con el Saber; el porcentaje de aprendizaje ya prodigado determinaba las etapas subsecuentes del programa de distribución de educación. Estaba, pues, debidamente numerado.

Pero el padre y la madre no habían juzgado necesario proporcionarme un nombre.

Si el niño desea tener un nombre un día, lo elegirá él mismo, sugirió la madre cuando nací.

Y el padre declaró fríamente: Lo tutearemos, y ya está.

Afuera solo hay polvo que morder, profesaba cada mañana el padre.

Afuera, los excluidos se devoran entre ellos, añadía inmediatamente la madre.

Nos pudriremos aquí: esa será nuestra historia, completaba yo con un tono apropiado, inmovilizado entre el padre y la madre delante de la pantalla. Una pantalla pequeña, de apenas un metro cuadrado, que enmarcaba la grisura del horizonte y del cielo, grisura con algunas nubes a veces, más pálidas o más oscuras.

Ahora bien, hacía mucho tiempo que yo ya no veía ni nubes ni pantalla. En su lugar observaba las paredes alrededor, bajo la blanca luz tenue de la lámpara. Unas paredes lisas, sin apertura alguna. Hormigón profundamente enraizado en la litosfera que se elevaba hasta la estratosfera.

Por todas partes, hormigón. Techo, suelo, asientos, todo de hormigón. Una masa gris uniforme, salvo en el salón, donde tres manchas oscuras se alineaban en

las paredes, cerca del piso. Parecían húmedas a la vista, pero al tacto, un polvo seco se quedaba adherido a los dedos. Según la madre, habían aparecido mucho antes de mi nacimiento. A veces, algunos granos centelleantes emergían a la superficie de las manchas para caer al suelo. Me gustaba mucho observar las manchas. Pero yo aguardaba sobre todo la aparición de una fisura. El acontecimiento era improbable, según el padre. La cañería sanitaria podía agrietarse en cualquier momento y liberar la pestilencia de las entrañas del Edificio, que saturaba entonces la atmósfera durante semanas. La transmisión de la información podía interrumpirse y provocar una crisis que requeriera la expulsión de millares de residentes súbitamente histéricos. En el Edificio, la distribución de oxígeno y agua no estaba nunca asegurada. Plantas enteras se veían privadas de ambos a intervalos intermitentes, con el consiguiente lote de siniestros. Pero el hormigón, de por sí, era inmutable.

El padre lo demostraba, de hecho, cada día asíéndome el cráneo con una mano y chocándome la frente de un porrazo seco contra el suelo. Ya lo ves, puedo aplastarte los sesos sin mayor esfuerzo, pero el hormigón resiste a cualquier golpe. Y yo asentía sin palabras, inmovilizado en tierra.

Con todo, cada mañana, mientras se disipaba la punzada del cerebro, yo seguía apretando la oreja contra el suelo. Enseguida oía los murmullos del hormigón; el eco de los gritos de los expulsados, había supuesto al principio. O también la resonancia de los humores del padre y la madre. Pero mi mano apoyada se percataba de un gruñido más profundo. Por los poros de mi carne percibía una compresión continua de la materia.

Una densidad creciente.

Comprendí muy pronto que la inteligencia servía para descubrir por uno mismo aquello que no estaba destinado a revelarse por sí solo, que la aplicación última de un raciocinio bien aguzado consistía en fingir a continuación que uno no había buscado, ni encontrado ni sobre todo comprendido la evidencia que entonces se imponía.

Si el padre me aseguraba que ya no quedaba nada detrás del horizonte, debía memorizarlo y no preguntar jamás por lo que había desaparecido. Porque el padre se impacientaba con muecas y patadas. Aquello que ya no existe es impensable, afirmaba. Si fuerzas demasiado el cerebro a impensar terminarás implosionando y me veré obligado a machacarte el seso en ebullición en la taza del inodoro.

Cuando la madre gritaba en medio del sueño que se acordaba del momento *espantoso* en el que se selló el acceso al Edificio para siempre, que se acordaba del principio de la sofocación, de los gritos de los primeros residentes histéricos tratando de perforar el muro de Hormigón Total para volver a ver el día; cuando el padre respondía que era imposible porque el encierro había tenido lugar mucho antes de que naciera su octavo bisabuelo, que de todas formas la madre se inventaba todo siempre de través, que lo más probable era que los primeros residentes se sintieran aliviados por la protección del hormigón frente a las ramificaciones del desastre, yo solo tenía que esperar dos o tres sueños para fingir a continuación que me despertaba en mitad de la noche, gritar a mi vez y simular que me acordaba del río de hormigón, de la mezcla de lluvia, sangre y gritos que nunca paraban, y provocar así una discusión cargada de información nueva, de otro modo inaccesible.

A veces la madre declaraba entonces que la memoria celular era indiscutible, que a en ocasiones sucedía que un conjunto de datos quedaba grabado en la herencia cromosómica. El padre replicaba que eso era una estupidez, que bastaba con observar la inmensidad del Edificio y la precisión de la estructura social para comprender el impecable proyecto que sustentaba nuestra civilización, que todo había debido de ser pensado y luego ejecutado en las mejores condiciones.

El padre y la madre nunca se ponían de acuerdo sobre el origen del Edificio.

De modo que yo había concluido que éramos todos huérfanos de un mundo que se había disuelto enigmáticamente a través de la sucesión de nuestros nacimientos silenciosos tras el hormigón. Y cuando me atrevía a preguntar lo que iba a suceder después, en ocasiones el padre sabía responder en el acto, para atajar los desbordamientos de actividad de mi cerebro. La única información fundamental que hay que plantar en tu absceso de cerebro es que todo es igual en todas partes todo el tiempo: padres, madres, hijos, decía. Paredes, asientos. Oxígeno, nutrientes. Pantallas con el mismo paisaje. En otra parte del Edificio hay unas cadenas de producción automatizadas fabricando puertas y asientos, nutrientes, oxígeno y pantallas. Lo único que cambia de una puerta a otra es la actitud. Al contrario que tú, hay niños que no hacen preguntas insignificantes que puedan condenarlos a la expulsión inmediata.

Las respuestas del padre enfriaban el cerebro. Y helaban el corazón también.

No siempre estuve inmovilizado solo entre el padre y la madre. Durante un tiempo tuve hermanos y hermanas, todos más pequeños que yo. Misma sábana gris cada uno, mismo silencio delante de la pantalla.

Un día, la hermanita pequeña gritó. Una herida quizás, de resbalarse demasiadas veces del abrazo de la madre al suelo de hormigón. Una sensación de ahogo, me dije yo más bien, porque la hermana gritaba roja y abotargada, pero nadie pensó como yo; al contrario, la madre apretó fuerte las manos, cada vez más fuerte, alrededor del pequeño cuello. Ha sido el hijo mayor, un accidente, mintió entonces al agente sanitario que vino a envolver a la hermanita en una membrana para tirarla al vertedero de la planta. Mientras yo me petrificaba en el salón, azul de estupor, la madre volvió a cerrar la puerta lentamente. Y los ojos. No hubo nunca una hermana pequeña gritona, murmuró.

Luego, otra hermana parecida vino a remplazar a la primera. Una noche, la madre lloraba y gemía diciendo que era demasiado aquella boca chupando de ella día y noche, y todas las otras a las que continuamente había que alimentar, incluida la suya: todo era demasiado complicado, constataba, y el padre le arrancó bruscamente del pecho a la hermana para sumergirla en el inodoro. Una menos, ya está, rechinó. Y a pesar del desmayo de la madre, a pesar de los llantos aterrizados de los hermanos pequeños, el padre mantuvo a la hermana largos minutos bajo el agua con brazo firme, observando con el párpado caído la inercia nueva del cuerpo embrionario. Al día siguiente, la madre recalcó con un dedo sobre mi cabeza:

No ha habido nunca ni una ni dos hermanas, ninguna insinuación contra ti. Todo son ilusiones, alucinaciones. Ya no somos siete ni seis, solo el padre y los dos hermanos pequeños. Olvida las imágenes, olvida los gritos, olvida mis lágrimas ahora, olvida.

De modo que he tratado de convencerme de mi inaptitud para percibir, del disfuncionamiento de mi cerebro. Desde entonces, no he vuelto a pedir más nutrientes de los que me dan, que trago sin ruido y sin moverme.

Los dos hermanitos, por su parte, no gritaron ni chuparon demasiado del pecho de la madre. No hicieron nada en absoluto. Pero un día el padre ingirió una cantidad incalculable de embrutecedor para mantener la inmovilidad total en el salón. La cantidad era superior a la de la víspera. Quizás incluso doblemente superior a la de la antevíspera. Aquel día, lo vi perfectamente, el padre se acercó sin hacer ruido. Los dos hermanos minúsculos miraban la pantalla en silencio, y de repente surgió una membrana enrollada alrededor de ambos cuerpos al mismo tiempo. El padre clavó la vista en la pantalla a su vez, la mirada ausente. Los hermanos

se debatieron un poco, pero tan poco... Un pie rígido apuntando a la cocina. Una manita temblorosa abierta sobre la estrechez del salón. Dos rostros hinchados bajo la tensión de la membrana. Y luego, los hermanos se inmovilizaron. El padre negó el incidente sin recuerdo alguno; la madre fingió no haberse dado cuenta de nada tampoco, menos aún de la proveniencia de la membrana, probablemente robada por alguno de los pequeños, supuso ella. O quizás, incluso, por el otro menos pequeño, el niño ese que lleva a veces un poco demasiado lejos los límites de la exploración, sospechó con una mirada vacía, el índice extendido apuntando hacia mí. Sujetando con un brazo a los hermanos envueltos y con el otro a una residente igualmente fallecida, el agente sanitario dedujo con un tono profesional un síndrome de muerte inopinada, muy frecuente en todas las viviendas.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado, la madre insistió susurrándome al oído:

No has visto nada ni oído nada puesto que dormías, y todavía duermes, aunque parezca que es mediodía. Duermes el sueño total. Aquí solo estamos nosotros, padre hijo y madre, el resto son desechos del cerebro. No hay hermano ni hermana, solo ideas infectas, puede que incluso un problema de la vista. Es normal durante el crecimiento.

No tenía nombre, pero aquello me importaba poco. Porque tampoco tenía ninguna otra cosa. En fin, casi ninguna. Poseía una sábana gris, enrollada a mi alrededor cada noche durante el sueño sobre hormigón. Y date por afortunado, me recordaba a veces la madre, pues los hay que no duermen nada en absoluto. Como esos innombrables expulsados del Edificio, empujados hasta la muerte, sin descanso alguno en ningún lugar jamás.

Poseía igualmente un conjunto de conocimientos. Una educación muy mediocre, me recordaba a menudo el padre con desprecio. Pero al menos eso lo entretiene mientras espera su hora, argumentaba la madre en un susurro.

Yo aguardaba todo el día sentado sobre mi sábana gris, con la cabeza aprisionada en el cubículo de aprendizaje, inmovilizado entre las paredes de hormigón sin ventanas y el silbido del filtro de oxígeno. El resto del tiempo, combinaba exactamente otras dos ocupaciones: dormir o fingir el sueño.

Y eso sabía hacerlo: la imitación de la respiración profunda, los gruñidos acompañados de espasmos, los movimientos bruscos del cuerpo que se recoloca de otra manera. El simulacro del sueño era mi pasatiempo preferido, algo parecido al juego, quizás. Porque en

realidad no había jugado nunca. El padre afirmaba que el juego estaba reservado a los expulsados, que se precipitaban sobre la multitud con el mismo arrebato hasta que unos caían bajo las pisadas de los otros. Tampoco había visto nunca juguete alguno. La madre repetía que era preferible no poseer nada, pues lo que se tiene se pierde. Así que mejor valía no acumular nada, y mucho menos juguetes, que tarde o temprano se rompen en un amasijo de ruidos y de gritos. De todas maneras yo ya sabía que quedaban pocos artefactos de diversión de antes del encierro. Algunos juegos de estrategia, rompecabezas tamaño nano, una minúscula habitación de reliquias rotas, contaba la madre. El padre, por su parte, no creía ni un ápice en ello. Ya no queda nada de otro tiempo, todo ha sido exterminado, se reía tontamente observando las nubes en la pantalla. Nada de juguetes, pues, y casi nada de espacio para moverse tampoco.

Me correspondían una sesión de inyecciones de anticuerpos, un litro de agua y ocho porciones de nutrientes al día, bajo el rictus abrumado de la madre o la mirada fría del padre, que supervisaba cada procedimiento familiar con el mismo suspiro de exasperación que cuando yo hacía ruido al deglutar o me instalaba demasiado rápido en mi asiento del salón, de donde no debía volver a moverme en absoluto. Había que medir los gestos y las palabras, las porciones y las proporciones. Reducir todo al mínimo, como los objetos, para evitar incidentes, para evitar molestar a quien fuera o a lo que fuera. Para empezar, al padre, que casi no se movía, no más que la madre, preocupada por casi todo, sobre todo por molestar a los otros de alrededor. Todos aquellos desconocidos, al otro lado de la pared, que habrían podido denunciarnos a la madre y a mí cuando nos peleábamos el uno con el otro. Alguien habría podido oír la irritación del padre, aun condensada en un único resoplido de la nariz; alguien habría podido percibir la ausencia de miradas entre el padre y la madre, y aquella que yo les dirigía, cada vez más interrogadora.

Había comprendido perfectamente que no debía infringir las normas, bajo pena de expulsión a la grisura, a morder el polvo hasta la putrefacción. Cuando me entraban ganas de matar el tiempo, pedía entonces permiso de sueño. Esa era la fórmula precisa para evitar un suspiro exasperado del padre o una lágrima de la madre.

El sueño no molestaba a nada ni a nadie, no ponía cosa alguna en entredicho, ni la estrechez del espacio, ni el malhumor del padre ni la tristeza de la madre. El sueño equivalía siempre a una liberación, porque el padre cerraba los ojos un instante, aliviado, cuando yo cedía el espacio que ocupaba junto a él. De pronto

aparecían setenta y cinco centímetros, un nuevo horizonte perfectamente despejado.

El sueño era garantía de silencio, sin ninguna pregunta que incomodara invariablemente a la vez al padre y a la madre, además de a los desconocidos que estuvieran al alcance del oído. Pues no había que preguntar por qué todo era tan lúgubre, por qué el aburrimiento, por qué aquella sensación de asfixia, por qué el padre estaba tan feo de gesticular tanto, por qué la madre suplicaba en silencio que no se divulgaran sus lágrimas. El sueño era siempre una solución ejemplar.

El dormitorio era tan grande como la sábana, y la sábana me llegaba de un codo al otro, de la punta de la coronilla a cuatro centímetros más abajo de mis pies. Tarde o temprano habrás crecido demasiado, requerirás demasiado sitio, me reprochaban el padre y la madre. Y entonces tendrás que volverte más pequeño.

Yo temía aquel tamaño problemático que habría que reducir inmediatamente. Solía imaginarme encogido de lado, en una posición idéntica a la que tomaban el padre y la madre, dos masas amorfas silenciosas compactas, parecidas al lote de desechos transportados hasta el vertedero del otro extremo de la planta. Pero ese día fatídico de tamaño completo no llegó nunca, y me quedé pequeño, siempre pequeño; puede incluso que lograra empequeñecer a fuerza de temer hacerme grande. Todavía podía tumbarme, estirar los dedos de los pies para aplanar la línea del cuerpo y simular así que me borraba en el vacío de la habitación.

Ahora bien, al día siguiente de lo que el padre consideraría como mi desaparición, la sábana gris permaneció doblada sola, en medio del dormitorio, a la hora en la que por lo general yo aguardaba en el salón el periodo de inmovilización tras las inyecciones. Y la madre observó el cuadradito gris sin moverse, como si todavía pudiera estar debajo. El niño ha sido ya muy pequeño, pensó, minúsculo hasta el punto de no existir, en absoluto.